

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO

# **VIDA Y MISTERIO DE JESÚS DE NAZARET**

DUODÉCIMA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2021

© Ediciones Sígueme S.A.U., 1989  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es  
[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

Cubierta: imagen digital realizada por Christian Hugo Martín  
para Ediciones Sígueme

ISBN: 978-84-301-1074-2

Depósito legal: S. 1-2021

Impreso en España / Unión Europea

# CONTENIDO

<i>Introducción</i> .....	9
---------------------------	---

## I

### LOS COMIENZOS

1. El mundo en que vivió Jesús .....	27
2. El origen .....	63
3. Nacido de mujer .....	69
4. El abrazo de las dos mujeres .....	81
5. La sombra de José .....	93
6. Belén: el comienzo de la gran locura .....	104
7. La primera sangre .....	120
8. Tres Magos de Oriente .....	132
9. Los salvadores del Salvador .....	142
10. Un niño «como los demás» .....	151
11. Un muchacho arrastrado por el viento de su vocación .....	166
12. El eclipse de Dios .....	172
13. ¿Quién es Jesús? .....	185
14. El profeta de fuego .....	240
15. La vocación bautismal .....	251
16. Combate cuerpo a cuerpo en el desierto .....	262
17. Doce pescadores .....	273
18. El vino mejor .....	289

## II

### EL MENSAJE

19. El reino de Dios anunciado a los pobres .....	301
20. Cueva de ladrones .....	329
21. El visitante nocturno .....	344
22. La mujer de los cinco maridos .....	351
23. Los signos del Reino .....	357
24. Las palabras de Jesús, leyes del Reino .....	431
25. Les hablaba en parábolas .....	499
26. Bienaventuranzas, las ocho locuras de Cristo .....	539
27. El padrenuestro .....	556

28. La cabeza del Bautista .....	577
29. Los ciudadanos del Reino .....	591
30. La gran apuesta (Los obstáculos del Reino) .....	631
31. La muerte y la resurrección en el horizonte .....	655
32. Jesús, encarnación del Reino .....	673

### III

#### LA CRUZ Y LA GLORIA

33. La cruz en el centro .....	677
34. La conspiración .....	689
35. Lázaro, el hombre que murió dos veces .....	713
36. El misterio de Judas .....	732
37. El día del triunfo .....	749
38. Los últimos combates .....	766
39. Treinta monedas .....	781
40. La última cena .....	789
41. Tomad y comed .....	804
42. La despedida .....	822
43. Sudor y sangre .....	838
44. El beso de Judas .....	854
45. Ante el sanedrín .....	859
46. El canto del gallo .....	877
47. Bajo Poncio Pilato .....	884
48. Herodes, el zorro .....	892
49. Barrabás, el terrorista .....	899
50. La coronación del rey .....	905
51. La gran marcha .....	921
52. La cruz .....	933
53. Siete palabras .....	939
54. El velo roto, el pecho traspasado .....	965
55. El Señor ha resucitado .....	975
56. El camino del gozo .....	997
57. Con sus amigos en Galilea .....	1013
58. Subió a los cielos .....	1032
<i>Epílogo. Veinte siglos de amor</i> .....	1043
<i>Índice de autores</i> .....	1051

## INTRODUCCIÓN

Y vosotros ¿quién decís que soy yo?  
(Mc 8, 27)

Hace dos mil años un hombre formuló esta pregunta a un grupo de amigos. Y la historia no ha terminado aún de responderla. El que preguntaba era simplemente un aldeano que hablaba a un grupo de pescadores. Nada hacía sospechar que se tratara de alguien importante. Vestía pobremente. Él y los que le rodeaban eran gente sin cultura, sin lo que el mundo llama «cultura». No poseían títulos ni apoyos. No tenían dinero ni posibilidades de adquirirlo. No contaban con armas ni con poder alguno. Eran todos ellos jóvenes, poco más que unos muchachos, y dos de ellos –uno precisamente el que hacía la pregunta– morirían antes de dos años con la más violenta de las muertes. Todos los demás acabarían, no mucho después, en la cruz o bajo la espada. Eran, ya desde el principio y lo serían siempre, odiados por los poderosos. Pero tampoco los pobres terminaban de entender lo que aquel hombre y sus doce amigos predicaban. Era, efectivamente, un incomprendido. Los violentos le encontraban débil y manso. Los custodios del orden le juzgaban, en cambio, violento y peligroso. Los cultos le despreciaban y le temían. Los poderosos se reían de su locura. Había dedicado toda su vida a Dios, pero los ministros oficiales de la religión de su pueblo le veían como un blasfemo y un enemigo del cielo. Eran ciertamente muchos los que le seguían por los caminos cuando predicaba, pero a la mayor parte le interesaban más los gestos asombrosos que hacía o el pan que les repartía alguna vez que todas las palabras que salían de sus labios. De hecho, todos le abandonaron cuando sobre su cabeza rugió la tormenta de la persecución de los poderosos, y sólo su madre y tres o cuatro amigos más le acompañaron en su agonía. La tarde de aquel viernes, cuando la losa de un sepulcro prestado se cerró sobre su cuerpo, nadie habría dado un céntimo por su memoria, nadie habría podido sospechar que su recuerdo perduraría en algún sitio, fuera del corazón de aquella pobre mujer –su madre– que probablemente se hundiría en el silencio del olvido, de la noche y de la soledad.

Y... sin embargo, veinte siglos después la historia gira en torno a aquel hombre; los historiadores –aun los más opuestos a él– dicen que tal hecho o tal batalla ocurrió tantos o cuantos años antes o después de él. Media humanidad, cuando se le pregunta por sus creencias, usa su nombre para denominarse. Dos mil años después de su vida y su muerte, se escriben cada año más de mil volúmenes sobre su persona y su doctrina. Su historia ha servido como inspiración para, al menos, la mitad de todo el arte que ha producido el mundo desde que él vino a la tierra.

Y, cada año, decenas de miles de hombres y mujeres dejan todo –su familia, sus costumbres, tal vez hasta su patria– para seguirle enteramente, como aquellos doce primeros amigos.

¿Quién, quién es este hombre por quien tantos han muerto, a quien tantos han amado hasta la locura y en cuyo nombre se han hecho también –¡ay!– tantas violencias? Desde hace dos mil años, su nombre ha estado en la boca de millones de agonizantes como una esperanza y de millares de mártires como un orgullo. ¡Cuántos han sido encarcelados y atormentados, cuántos han muerto sólo por proclamarse seguidores suyos! Y también –¡ay!– ¡cuántos han sido obligados a creer en él con riesgo de sus vidas, cuántos tiranos han levantado su nombre como una bandera para justificar sus intereses o sus dogmas personales! Su doctrina, paradójicamente, inflamó el corazón de los santos y las hogueras de la Inquisición. Discípulos suyos se han llamado los misioneros que cruzaron el mundo sólo para anunciar su nombre y discípulos suyos nos atrevemos a llamarnos quienes –¡por fin!– hemos sabido compaginar su amor con el dinero.

¿Quién es, pues, este personaje que parece llamar a la entrega total o al odio frontal, este personaje que cruza de medio a medio la historia como una espada ardiente y cuyo nombre –o cuya falsificación– produce frutos tan opuestos de amor o de sangre, de locura magnífica o de vulgaridad? ¿Quién es y qué hemos hecho de él, cómo hemos usado o traicionado su voz, qué jugo misterioso o maldito hemos sacado de sus palabras? ¿Es fuego o es opio? ¿Es bálsamo que cura, espada que hiere o morfina que adormila? ¿Quién es? ¿Quién es?

Pienso que el hombre que no ha respondido a esta pregunta puede estar seguro de que aún no ha comenzado realmente a vivir. Gandhi escribió en cierta ocasión: «Yo digo a los hindúes que su vida será imperfecta si no estudian respetuosamente la vida de Jesús». ¿Y qué pensar entonces de los cristianos –¡cuántos, Dios mío!– que todo lo ignoran de él, que dicen amarle, pero jamás le han conocido *personalmente*?

Y es una pregunta que urge contestar porque, si él es lo que afirmó de sí mismo, si él es lo que dicen de él sus discípulos, ser hombre es algo muy distinto de lo que nos imaginamos, mucho más importante de lo que creemos. Porque si Dios ha sido hombre, se ha hecho hombre, da un vuelco toda la condición humana. Si, en cambio, él hubiera sido un embaucador o un loco, media humanidad estaría perdiendo la mitad de sus vidas.

Conocerle no es una curiosidad. Es mucho más que un fenómeno de la cultura. Es algo que pone en juego nuestra existencia. Porque con Jesús no ocurre como con otros personajes de la historia. Que César pasara el Rubicón o no lo pasara, es un hecho que puede ser verdad o mentira, pero que en nada cambia el sentido de mi vida. Que Carlos V fuera emperador de Alemania o de Rusia, nada tiene que ver con mi salvación como hombre. Que Napoleón muriera derrotado en Elba o que llegara siendo emperador al final de sus días, no moverá hoy a un solo ser humano a dejar su casa, su comodidad y su amor para marcharse a hablar de él a una aldehuela del corazón de África.

Pero Jesús no; Jesús exige respuestas absolutas. Él asegura que, creyendo en él, el hombre salva su vida e, ignorándole, la pierde. Este hombre se presenta como el camino, la verdad y la vida (Jn 14, 6). Por tanto, si esto es verdad, nuestro camino, nuestra vida, cambian según sea nuestra respuesta a la pregunta sobre su persona.

¿Y cómo responder sin conocerle, sin haberse acercado a su historia, sin contemplar los entresijos de su alma, sin haber leído y releído sus palabras?

Este libro que tienes en las manos, lector, es simplemente el testimonio de un hombre, de un hombre cualquiera, de un hombre como tú, que lleva cincuenta años tratando de acercarse a su persona. Y que un día se sienta a la máquina –como quien cumple un deber– para contarte lo poco que de él ha aprendido.

### *El Cristo de cada generación*

Pero ¿es posible escribir hoy una vida de Cristo? Los científicos, los especialistas en temas bíblicos, responden hoy casi unánimemente que no. Durante los últimos dos siglos se han escrito en el mundo varios centenares de vidas de Cristo. Pero desde hace años eso se viene considerando una aventura imposible. A fin de cuentas y salvo unos cuantos datos extra-evangélicos no contamos con otras fuentes que las de los cuatro evangelios y algunas aportaciones de las epístolas. Y es claro que los evangelistas no quisieron elaborar una «biografía» de Jesús, en el sentido técnico que hoy damos a esa palabra. No contamos con una cronología segura. Un gran silencio cubre no pocas zonas de la vida de Cristo. Los autores sagrados escriben no como historiadores, sino como testigos de una fe y como catequistas de una comunidad. No les preocupa en absoluto la evolución interior de su personaje, jamás hacen psicología. Cuentan desde la fe. Sus obras son más predicaciones que relatos científicos.

Y, sin embargo, es cierto que los evangelistas no inventan nada. Que «no ofrecen una biografía continuada de Jesús, pero sí lo que realmente ocurrió», como precisa Hans Küng. Es cierto que el Nuevo Testamento, traducido hoy a mil quinientos idiomas, es el libro más analizado y estudiado de toda la literatura y que, durante generaciones y generaciones, millares de estudiosos se han volcado sobre él, coincidiendo en la interpretación de sus páginas fundamentales.

¿Por qué no habrá de poder «contarse» hoy la historia de Jesús, igual que la contaron hace dos mil años los evangelistas? Tras algunas décadas de desconfianza –en las que se prefirió el ensayo genérico sobre Cristo al género «vida de Cristo»– se vuelve hoy, me parece, a descubrir la enorme vitalidad de la «teología narrativa» y se descubre que el hombre medio puede llegar a la verdad mucho más por caminos de narración que de frío estudio científico. «Por mucho que corran los siglos –afirmaba Torrente Ballester– siempre habrá en algún rincón del planeta alguien que cuente una historia y alguien que quiera escucharla».

Pero ¿no hay en toda narración un alto riesgo de subjetivismo? Albert Schweitzer, en su *Historia de los estudios sobre la vida de Jesús*, escribió:

Todas las épocas sucesivas de la teología han ido encontrando en Jesús sus propias ideas y sólo así conseguían darle vida. Y no eran sólo las épocas las que aparecían reflejadas en él: también cada persona lo creaba a imagen de su propia personalidad. No hay, en realidad, una empresa más personal que escribir una vida de Jesús.

Esto es cierto, en buena parte. Más: es inevitable. Jesús es un prisma con demasiadas caras como para ser abarcado en una sola vida y por una sola persona, e incluso por una sola generación. Los hombres somos cortos y estrechos de vista. Contemplamos la realidad por el pequeño microscopio de nuestra experiencia. Y es imposible ver un gigantesco mosaico a través de la lente de un microscopio. Por ella podrá divisarse un fragmento, una piedrecita. Y así cada generación ha ido descubriendo tales o cuales «zonas» de Cristo, pero todas han terminado sintiéndose insatisfechas en sus búsquedas inevitablemente parciales e incompletas.

El Cristo de los primeros cristianos era alguien a quien habían visto y no habían terminado de entender. Lo miraban desde el asombro de su resurrección y vivían, por ello, en el gozo y también en la terrible nostalgia de haberle perdido. Su Cristo era, por eso, ante todo una dramática esperanza: él tenía que volver, ellos necesitaban su presencia ahora que, después de muerto, empezaban a entender lo que apenas habían vislumbrado a su lado.

El Cristo de los mártires era un Cristo ensangrentado, a quien todos deseaban unirse cuanto antes. Morir era su gozo. Sin él, todo les parecía pasajero. Cuando san Ignacio de Antioquía grita que quiere «ser cuanto antes trigo molido por los dientes de los leones para hacerse pan de Cristo», está resumiendo el deseo de toda una generación de fe llameante.

El Cristo de las grandes disputas teológicas de los primeros siglos es el Cristo en cuyo misterio se trata de penetrar con la inteligencia humana. Cuando san Gregorio de Nisa cuenta, con una punta de ironía, que «si preguntas por el precio del pan, el panadero te contesta que el Padre es mayor que el Hijo y el Hijo está subordinado al Padre, y cuando preguntas si el baño está preparado, te responden que el Hijo fue creado de la nada», está explicando cómo esa inteligencia humana se ve, en realidad, desbordada por el misterio. Por eso surgen las primeras herejías. El nestorianismo contempla tanto la humanidad de Cristo, que se olvida de su divinidad. El monofisitismo reacciona contra este peligro y termina por pintar un Cristo *vestido* de hombre, pero no *hecho* hombre, por imaginar a alguien *como* nosotros, pero no a *uno de* nosotros. Y aun los que aciertan a unir los dos polos de ese misterio, lo hacen muchas veces como el cirujano que tratara de coser una cabeza, un tronco, unas piernas, unos brazos tomados de aquí y de allá, pegados, yuxtapuestos, difícilmente aceptables como un todo vivo.

El Cristo de los bizantinos es el terrible Pantocrátor que pintan en sus ábsides, el juez terrible que nos ha de pesar el último día. Es un vencedor, sí; un ser majestuoso, sí; pero también desbordante, aterrador casi. Para los bizantinos el fin del mundo estaba a la vuelta de la esquina. Olfateaban que pronto de su imperio sólo quedarían las ruinas, buscaban ese cielo de oro de sus mosaicos en el que, por fin, se encontrarían salvados.



El Cristo medieval es «el caballero ideal», aquel a quien cantaban las grandes epopeyas, avanzando por el mundo en busca de justicia, aun cuando esta justicia hubiera de buscarse a punta de espada. Más tarde, poco a poco, este caballero irá convirtiéndose en el gran rey, en el emperador de almas y cuerpos que respalda – ¡tantas veces!– los planteamientos políticamente absolutistas de la época. Los pobres le admirarán y temerán, más que amarle. Los poderosos le utilizarán, más que seguirle. Pero, por fortuna, junto a ellos serpenteará –como un río de agua clara– el otro Cristo más humano, más tierno, más apasionadamente amado, más amigo de los pobres y pequeños, más loco, incluso; el Cristo pobre y alegre (¡qué paradójica y maravillosa unión de adjetivos!) de Francisco de Asís.

Para la Reforma protestante, Cristo será ante todo el Salvador. Lutero –que considera el mundo una catástrofe de almas– pintará a Cristo con sombría grandeza profética. Le verá más muerto que resucitado, más sangrante que vencedor. Calvino acentuará luego las tintas judiciales de sus exigencias. Y todos le tendrán por alguien a cuyo manto hay que asirse para salir a flote de este lago de pecado.

En la Contrarreforma católica, mientras tanto, los santos buscarán la entrada en las entrañas de Cristo por las vías de la contemplación y el amor. Juan de la Cruz se adentrará por los caminos de la nada, no porque ame la nada, sino porque sabe que todo es nada ante él y porque quiere, a través del vacío de lo material, encontrarle mejor. Ignacio de Loyola le buscará en la Iglesia por los senderos de la obediencia a aquel Pedro en cuyas manos dejó Cristo la tarea de transmitir a los siglos su amor y su mensaje. Teresa conocerá como nadie la humanidad amiga de aquel Jesús de Teresa por quien ella se ha vuelto Teresa de Jesús.

En los años finales del siglo XVIII y comienzos del XIX surgirá la llamada «razón crítica». A la fe tranquila de generaciones que aceptaban todo sin más, sucederá el escalpelo que todo lo pone en duda. Se llegará a los extremos: desde un Volney o un Bauer, para quienes Cristo sería un sueño que jamás ha existido, hasta quienes, más tarde, lo pintarán como un mito creado por el inconsciente humano necesitado de liberación. Por fortuna, estos radicalismos duraron bien poco. Rudolf Bultmann escribió sobre ellos con justicia: «La duda sobre la existencia de Cristo es algo tan sin fundamento científico que no merece una sola palabra de refutación».

Más suerte tendrían, en cambio, las teorías «rebajadoras» de Cristo. Se extendería especialmente la tesis de Renan, quien, en su *Vida de Jesús*, traza un retrato idílico (¡tan falso!) del que él llamaba «un hombre perfecto», un «dulce idealista», un «revolucionario pacífico», anticipándose en un siglo a muchos «rebajadores» de nuestros días.

De ahí surgirían las dos grandes corrientes que cubrieron el mundo cristiano del siglo XIX: la de quienes acentúan los aspectos puramente interiores de Cristo y lo ven solamente como encarnación perfecta del sentimiento religioso o le presentan –así Harnack– como el hombre que lo único que hizo fue devolver al mundo la revelación del sentimiento filial hacia Dios Padre; y la segunda corriente que subraya en Jesús tan sólo el amor a los «humildes y ofendidos», y ter-

mina transformándolo en un simple precursor de una especie de «socialismo evangélico». En estas dos visiones hay –evidentemente– algo de verdadero. Las dos se quedan, una vez más, sustancialmente cortas.

Los comienzos del siglo XX acentuarán de nuevo los aspectos humanos de Jesús. Albert Camus escribirá: «Yo no creo en la resurrección, pero no ocultaré la emoción que siento ante Cristo y su enseñanza. Ante él y ante su historia no experimento más que respeto y veneración». André Gide, en cambio, le pintará como un profeta de la alegría (entendida ésta como un hedonismo pagano, exaltador del mundo material en cuanto tal). «Hay que cambiar –dirá– la frase ‘Dios es amor’ por la inversa: ‘El amor es Dios’». Joseph Malegue, en cambio, abriendo el camino a los grandes escritores cristianos, dedicará su vida a descender «al abismo de la santa Humanidad de nuestro Dios», y ofrecerá una de las más significativas formulaciones de la fe en nuestro siglo: «Hoy, lo difícil no es aceptar que Cristo sea Dios, lo difícil sería aceptar a Dios si no fuera Cristo».

A esta polémica de los escritores de principios del siglo XX se unió pronto la de los científicos estudiosos de la sagrada Escritura. Y en ella pesará decisivamente la obra de Rudolf Bultmann. Partiendo de la pregunta que antes hemos formulado (si los evangelistas no trataron de escribir unas biografías de Cristo, sino de apoyar con su predicación la fe de las primeras comunidades, ¿cómo reconstruir hoy con suficientes garantías científicas la verdadera historia del Señor?) Bultmann intenta resolver el problema por superación: realmente –dirá– el Jesús que nos interesa no es el de la historia, sino el de la fe. La teología no debería perder tiempo en investigar los detalles de una biografía imposible, sino concentrarse en la interpretación del anuncio de Cristo, el Salvador, el Hijo del hombre e Hijo de Dios. Lo que nos preocupa –dirá Bultmann– es la salvación, no las anécdotas. De la vida de Jesús sólo nos interesan dos cosas: saber que vivió y saber que murió en una cruz. Es más importante –concluirá– creer en el mensaje de Jesús que conocer su vida.

Esta teoría, que tenía la virtud de superar el cientifismo un poco ingenuo de ciertas polémicas historicistas, tenía dos terribles riesgos: de no dar importancia a la historicidad de los hechos de Jesús, se pasaba muy fácilmente a negar la misma historicidad de Jesús. Y, por otro lado, se separaba indebidamente la persona de Cristo de su doctrina.

Por eso, tras unos cuantos años de gran auge, enseguida se regresó a planteamientos más tradicionales. Se recordó que el Jesús de la fe es el mismo Jesús de la historia. «La búsqueda del Jesús histórico es necesaria –recordaría Robinson– porque la predicación de la fe quiere conducir al fiel a un encuentro existencial con una persona histórica: Jesús de Nazaret». El creyente no sólo quiere creer en «algo», sino en «alguien». Y quiere saber todo lo que pueda de ese «alguien».

Este regreso al historicismo se hará, como es lógico, con un serio espíritu crítico. No se aceptará ya un literalismo absoluto en la lectura de los evangelistas, que hablaron de Jesús como habla un hijo de su madre y no como quien escribe un curriculum vitae. Pero también se sabrá perfectamente que, aunque no todo ha